

de hinojos caída en adoración á sus plantas por la incontestable superioridad de sus ideas reveladoras y de sus instituciones progresivas. Esperemos en Dios, que tan alta unidad, constituida fuertemente al centro de nuestro continente, resultará en lo porvenir como la capitalidad moral de una grande confederación semejante á la fundada por las viejas ligas anfictionicas.

IV

¡Cuántos contrastes en el mundo! Parece que las naciones más próximas en el espacio han de resultar las más dispares por sus respectivas inclinaciones y por sus íntimos temperamentos. Opuestas la China y el Japón, opuestas Fenicia, de raza semítica, y Grecia, de indo-europea sangre, siquier la una termine Asia y empiece la otra Europa; muy opuestas Cartago y Roma, colocadas en dos riberas fronterizas del Mediterráneo quizás para comprenderse ó relacionarse, y no para combatirse; muy opuestas Italia y Alemania; muy opuestas Alemania y Austria, mucho más opuestas aún Austria y Rusia. Pues la misma grande oposición reina entre Francia é Inglaterra. En la una todo es variedad; en la otra todo unidad. La una es aristocrática por excelencia, la otra democrática. En Francia la idea del Estado predomina sobre la idea del individuo; en Inglaterra la idea del individuo predomina sobre la idea del Estado. Los franceses quieren ante todo la igualdad; los ingleses ante todo quieren la libertad. Cuando en Francia existe un gran Parlamento, este Parlamento parece grandiosa dictadura como le sucedió á la Convención; y cuando aparece una Corte monárquica en Inglaterra, esta corte misma se parece á un Parlamento. Francia debe llamarse la patria de las revoluciones; Inglaterra la patria de la evolución. Por tanto, ¡qué diferencia tan radical entre la formación de Inglaterra y la formación de Francia! Ésta metida en todas las complicaciones continentales por su territorio y por su genio; como el archipiélago británico separada la otra de todas las complicaciones continentales. Mientras no puede contar la imaginación los átomos de que se hallan compuestos así los territorios itálicos, como los franceses y los hispanos, cual sencillez en la composición histórica de Inglaterra. Sobre su raza primitiva de britanos y celtas, primero los latinos, que apenas la compenentran como compenetraron á España y Fran-

cia, convirtiéndolas durante todo el imperio en verdaderas Italias. Tras los romanos los sajones, y tras los sajones los escandinavos. Después de los primitivos escandinavos los destacados del Norte de Francia, y conocidos con el nombre de normandos. Estos sobreponen al individualismo nativo de los primeros sajones, y á la nativa democracia de los primitivos escandinavos, la nobleza y la monarquía normandas. Esta monarquía y esta aristocracia sometieron las regiones componentes del imperio británico, pero no se las asimilaron. Gales, Inglaterra, Escocia, Irlanda, quedaron cada cual con su nativa originalidad. Solamente se unen á la vida continental, porque admiten primero la religión católica, que los reclama con los Papas de la Ciudad Eterna, y porque se dejan conquistar por los duques de Normandía, que los relacionan con los reyes de Francia. A quien se le haya ocurrido decir que los conquistadores quedan como una colonia directora, y á pesar de su dirección, muy aparte, se le ha ocurrido una gran verdad. Dos caracteres separan el Estado británico de todos los demás Estados europeos, la constitución de una Iglesia nacional, como no la tiene ningún otro Estado protestante, por medio del Anglicanismo, y la Constitución de un Parlamento nacional, como no lo tiene ningún otro Estado moderno, por medio de su egoista y aislada pero fuerte y santa revolución. Inglaterra se ha quedado en relación muy fraternal é íntima con Escocia, pero en relación muy difícil con Irlanda. Sin embargo, si como yo creo, solamente las naciones soberanas de sí mismas son verdaderas naciones, Inglaterra llegó primero que ningún otro pueblo europeo en sus evoluciones progresivas á constituir esa vida superior que se llama la Nacionalidad. ¡Lástima que habiendo asociado á esa vida los dos países de Gales y Escocia no haya conseguido jamás de Irlanda otro tanto!

Pero no en todos los pueblos penetra tan pronto cual penetró en Inglaterra la idea de nación. Hay para esto dos causas, que no pueden ocultarse á quien salude la historia, y son, á saber: 1.^a, esa persistencia del Pontífice romano en conservar la supremacía intelectual, y 2.^a, ese gran sueño de la monarquía universal que penetra en el alma y en las entrañas de dinastías enteras. La persistencia del Papa provoca la revolución religiosa en el siglo décimo-sexto, y la revolución religiosa divide los pueblos europeos en dos ejércitos beligerantes. La Alemania del Norte, Suecia, Inglaterra sin Irlanda, la mayoría de los cantones helvecios, los holandeses forman á un lado,

mientras España y Austria, y Baviera y Bélgica forman á otro lado, quedándose Francia en medio que se inclina, según la corriente de sus ideas ó la presión de sus intereses, al uno ú al otro bando. El sueño de la monarquía universal desosiega lo mismo á Solimán lanzado sobre Viena, que á Carlos V decidido á unir tierras tan dispares como Alemania y España. Francisco I, á pesar de su epicúrea y voluptuosa ligereza, siéntese asaltado por la misma obsesión que le arrastra fuertemente á soñar con el Milanesado y la corona imperial para despertarse prisionero en el Alcázar de Madrid. No es menos soñador Luís XIV, y por estos sueños se explican sus competencias con Alemania é Inglaterra, y su terrible acaparamiento de la herencia de España. ¡Cuántas guerras una y otra tendencia, la del Pontificado y la tendencia también de las monarquías á universalizarse contra las leyes que crean la variedad así en la naturaleza como en la historia! No se pasa un lustro sin un conflicto, desde que Pontificado y monarquía se aferran á su propósito. Arde la guerra en todas partes. Los capitanes como Mauricio de Sajonia y Alejandro Farnesio, y Filiberto de Saboya y Wallestein, eclipsan á los grandes reyes. Italia y Alemania son dos campos de batalla más que dos naciones verdaderas. Ni la una ni la otra, tienen cabeza que las dirija, corazón que les distribuya la sangre, nervios que relacionen sus órganos entre sí. En sus tierras se citan Carlos V y Francisco I, Enrique II y Felipe II, Richelieu y Olivares, como se citan los duelistas al sitio de sus duelos. Y no hablemos de Alemania. La guerra de los treinta años todavía se conoce hoy en su territorio. La naturaleza no ha podido encubrir con su fecundidad el exterminio. Las enfermedades contraídas en aquel terrible y asolador esfuerzo la tienen aún como desangrada y anémica. El condotiero Wallestein y el héroe Gustavo Adolfo, combaten como dos fieras al siniestro fulgor de las ciudades trocadas en verdaderas piras. Van daneses, normandos, bávaros, italianos, croatas, bohemios, españoles, franceses, á pelear por pelear, metidos en las espirales de una inmensa tromba. Los electores, los marqueses, los burgueses, los obispos con espada y cetro, los Césares romanos, los Pontífices mismos, parecen presa de un vértigo sanguinario, y no cuentan sus víctimas como no las cuenta en sus catástrofes la naturaleza. Diríase que habíamos retrocedido hasta los tiempos de la primitiva barbarie y que habíamos bajado á las últimas esferas del mundo animal. Tan horrosa fué y tan terrible la guerra de los treinta años, cuyo recuerdo ha dejado

una especie de mileranismo apocalíptico en la mente y en la vida general de Alemania.

Las guerras de religión han caracterizado á varios pueblos, cortos de territorio, largos y poderosísimos de influencia. Desde la fuente del Ródano á la fuente del Rhin, en el gran valle formado entre la cadena de los Alpes y la cadena del Jura, entrando en Alemania por medio de Basilea, en Francia por medio de Ginebra, en Italia por medio del Tesino, extiéndense los cantones helvéticos, que si deben al ciclo de sencillos héroes personificado en Guillermo Tell su independencia territorial y sus libertades políticas, deben al ciclo de tribunos religiosos, personificado por Zuinglio, por Calvino, y por Faurel su independencia intelectual y religiosa. Perteneciente á la Suabia por su origen, la confederación helvética se recortó en Suabia los estrechos territorios consentidos á su democracia por tantas fuerzas feudales como entonces se disputaban la tierra en competencias cruentísimas. Erigida en los Alpes, ara sublime y de suyo apropiada muy armoniosamente á este gran templo de la libertad, tomó pié también, como ya hemos apuntado, en alguna región alpestre de la hermosa Italia; y á comienzos del siglo décimoquinto llegaba ya por las altas gargantas, cuyos desfiladeros, angostos y enriscados, abren cauce al Ródano, desde los ventisqueros donde brota despeñándose casi al inmenso lecho de lapizlázuli donde se purifica y azula. Inclínándose, por las pendientes en que se halla colocada Suiza, lo mismo á la península itálica que á Francia y á Germania, regadas en parte por las filtraciones de sus nieves eternas, jamás tomó ni carácter francés, ni carácter italiano, ni carácter germánico. Gentes de diversas nacionalidades, constreñidas por multitud de concausas á vivir entre lagunas y selvas, bajo ventisqueros y aludes, fueron trazando en las costumbres aquellas instituciones conformes con su origen humilde y su carácter sencillo. Un patriciado se formó naturalmente como se forman las aristocracias siempre que reina la guerra. Pero este patriciado no pudo resistir ni á la revolución religiosa, que al emancipar todas las conciencias, emancipaba también al hombre, y por ende al ciudadano; ni á las revoluciones políticas, que tenían y depositaban gérmenes de igualdad en aquel campo tan favorable y dispuesto para su germinación; ni al ejemplo de los primitivos cantones, dentro de los cuales se conservará la democracia pura y directa. Sin embargo, la revolución religiosa no igualó todos los cantones y no logró la igualdad en cada uno los

fáciles triunfos prometidos por la historia de tal territorio y por la naturaleza de sus instituciones. El ducado de Borgoña por un lado y el ducado de Saboya por otro, arremetieron á Suiza. El árbol de Morat y la escalada de Ginebra dicen cuán expuesta se halló la República en su desarrollo á sucumbir bajo el peso de sus feudales vecinos. Además las competencias entre los Valois y los Austrias por el Milanésado, las guerras de Valtelina, las correrías de los franceses por el Rhin, las defensas naturales buscadas por Alemania contra los vecinos de Occidente por su flanco izquierdo, la rivalidad entre la Iglesia y la Reforma engendraron conflictos que han llegado á nuestros mismos días en las dificultades continuas con Italia por el Tesino, en las conquistas de Ginebra por Francia, en la guerra del Surdebun, en las continuas luchas religiosas que han llevado estos primogénitos y predilectos de la libertad á imitar las leyes cesaristas de Alemania y oprimir las conciencias por mano de una democracia, y á nombre de la más secular y más veneranda de todas las Repúblicas. Pero entre las grandes condiciones de la forma republicana resalta indudablemente su flexibilidad que le procura fácil acomodamiento con las circunstancias ambientales. Y hoy presenciamos en Suiza una tan feliz combinación del progreso con la estabilidad que no podemos resistir á la tentación de llamarla, cual un día la llamó Meternich, grano de concentradísimo y puro aroma, el cual perfuma con sus particularidades purificadoras todo el centro de nuestro continente. Con solo entrever y saludar á la Suiza contemporánea se nota como aquellos montañeses han logrado por el ejercicio de la libertad reunir en verdadera nación pueblos dispares, hasta enemigos, y careciendo de acceso al mar que abre las grandes vías al comercio, sin fronteras que la preserven de irrupciones, imponerse al respeto de la Europa entera, y cosechar en paz y en dignidad los sabrosos frutos del trabajo.

Estados como Suiza bien merecen el nombre de intermediarios entre las grandes potencias de nuestra Europa, como si los hubieran creado naturaleza y sociedad con el fin expreso de amortiguar los choques bruscos entre moles tan enormes. Pues igual carácter tienen los Estados de Bélgica y Holanda, venidos á la vida y á la historia moderna por tan extraños y escabrosos caminos. Entre los grandes feudos constituidos al Oriente del territorio francés, ninguno tan importante como el ducado célebre de Borgoña. Este feudo, constreñido por las fatalidades propias del período feudal á re-

conocer dos supremacías, una en los reyes de Francia y otra en los emperadores de Alemania, inclinanse naturalmente á constituirse por fuerza en monarquía. Y esta monarquía, muy ahogada entre territorios franceses y alemanes y helvéticos, inclinábase á extender su dominación por todos lados para su particular engrandecimiento. En tal tendencia los duques borgoñeses escogían así el odio como el amor, llegando á su fin por una conquista ó por un casamiento. Casóse uno de ellos, Felipe el Atrevido, á fines del siglo décimo-cuarto, con la heredera de Flandes, Margarita, y á la muerte del suegro, Luís el Fuerte, recibió unos dominios ribereños al mar, vecinos de Francia, enclavados entre tal monarquía y el imperio, puestos á merced y arbitrio de cien competencias, sometidos á varios supremos imperantes en las complicaciones propias de las edades feudales. Llamáronse Países-Bajos los tales dominios. Grandísima herencia para los duques de Borgoña, elevados á reyes y poseedores de una parte del mar, pero herencia tentadora de suyo á empresas atrevidas, pues entre los ducados, ó monarquías de Borgoña y los Países-Bajos, levantábanse nada menos que Suiza y Alsacia y Lorena y Luxemburgo y los feudos rhinianos, dividiéndolas en dos fragmentos diversos y apartados. El primer duque de Borgoña que tuviese aliento, con seguridad emprendía una conquista. Y en efecto, surgió uno llamado Carlos, á quien le ha dado la historia, no el nombre de valeroso, el nombre de temerario. Y éste soñó con tener un reino que se dilatara desde las orillas del Mediterráneo hasta las orillas del Atlántico, y cogiera toda la línea extendida sobre la cabeza de Francia y bajo los piés de Italia y Alemania en el ambicionado trayecto. Había, por fuerza de chocar con los reyes franceses, con los cantones suizos, con los príncipes rhinianos. Y chocó. Los suizos le vencieron y los franceses le quitaron el ducado de Borgoña sustraído á sus dominios por la huesosa mano, semejante á una araña siniestra, de Luís XI. Carlos murió desesperado. Mas casó á su hija con el célebre Maximiliano de Austria, emperador de Alemania. El yerno se parecía mucho al suegro en lo fantaseador y en lo temerario, mas era mucho más político. Maximiliano y María hubieron á Felipe el Hermoso. Fernando V, enemigo irreconciliable de Francia, por causa de Navarra y del Rosellón y de la Cerdeña y de Sicilia y de Nápoles, casó á su hija doña Juana la Loca, con Felipe el Hermoso, matrimonio concebido contra Francia. Y Felipe el Hermoso y Juana la Loca hubieron á